

Primera parte

Ike Tucker estaba ajustando la cadena de la Knuckle el día que el forastero vino preguntando por él. Hacía calor y el pedazo de tierra de la parte de atrás de la gasolinera Texaco ardía bajo sus pies. El sol caía a plomo sobre su cabeza y arrancaba destellos brillantes al metal pulido.

—Tienes visita —le anunció Gordon.

Ike dejó la llave inglesa y miró a su tío, que llevaba un mono de trabajo grasiento y una gorra de los Giants. Estaba apoyado en el quicio de la puerta del porche trasero, al otro lado del patio, y lo observaba desde allí.

—¿También te has quedado sordo? —le preguntó. Quería decir sordo además de mudo—. Te he dicho que tienes visita. Alguien quiere hablarte de Ellen.

Ike se limpió las manos en los pantalones, subió el escalón, pasó por delante de Gordon y entró en el local, donde además de la gasolinera había una pequeña tienda. Notaba la presencia de su tío detrás de él, alto y compacto, duro como una roca, que lo seguía mientras cruzaba el local entre los estantes de conservas y a lo largo de la barra, donde media docena de viejos se giraron en sus taburetes y se lo quedaron mirando. Sabía que cuando saliera seguirían así, con sus rostros consumidos vueltos hacia la puerta mosquitera y el destartala-

do porche, donde un enjambre de moscas se resguardaba del calor.

Un chico lo esperaba en el camino de grava que rodeaba los surtidores, apoyado en el capó de un Camaro blanco. Ike calculó que tendría su misma edad, unos diecisiete o dieciocho años. Ike tenía dieciocho. Cumpliría diecinueve antes de que acabara el verano, aunque la gente a menudo pensaba que era más joven. No era alto, medía poco más de un metro setenta, y estaba muy delgado. Hacía un mes, un agente de tráfico lo había parado camino de King City y le había pedido que le enseñara el carnet. No había salido del desierto desde que era un niño y por lo general los forasteros lo intimidaban. El chico del camino de grava era forastero. Llevaba unos pantalones de pana azul claro y una camisa blanca, y sobre la frente, entre una masa de rizos rubios, descansaban unas gafas de sol que tenían pinta de ser caras. En el techo del Camaro asomaban dos tablas de surf.

Ike cogió un trapo de encima de la pila de periódicos que había junto a la puerta de la tienda y se limpió las manos. El recién llegado ya había congregado a su alrededor una pequeña multitud. Los hijos de Hank, un par de chavales que vivían al otro lado de la calle, estaban examinando el vehículo, y los perros de Gordon, dos mestizos grandes de pelaje rojizo, se habían acercado a olfatear las ruedas. Varios de los viejos de la barra habían salido detrás de Ike y se alineaban ahora en el porche, a su espalda, con la vista clavada en el ardiente exterior.

El chico no parecía cómodo, y cuando Ike bajó los escalones seguido de Gordon, se levantó y se separó del coche.

—Estoy buscando a la familia de Ellen Tucker —dijo.

—La has encontrado. Aquí la tienes, el equipo al completo.

—Fue Gordon el que habló.

Ike oyó las risitas de un par de viejos a sus espaldas. Otro carraspeó y escupió en la grava.

Ike y el chico se miraron. El chaval tenía un incipiente bigote rubio y llevaba una fina cadena de oro al cuello.

—Ellen dijo algo de un hermano.

—Yo soy su hermano —contestó Ike, con el trapo aún entre las manos.

Notaba que las palmas habían empezado a sudarle. Ellen se había marchado hacía casi dos años y desde entonces no había vuelto a saber nada de ella. No era la primera vez que se largaba, pero ahora ya era mayor de edad —tenía un año más que él— y no tenía pinta de que fuera a volver por San Arco.

El chico lo miró como si algo no le cuadrara.

—Dijo que su hermano era un motero y que tenía una chopper. Gordon soltó una carcajada al oír aquello.

—Tiene una moto —dijo—, justo ahí, en el patio de atrás; la moto más jodidamente reluciente de todo el condado —hizo una pausa para reírse de su propia broma—, pero solo la ha conducido una vez. Venga, cuéntaselo, chaval. —Ahora se dirigía a Ike.

El hermano pequeño de Gordon tenía una tienda de motos en King City y Ike trabajaba allí los fines de semana. Se había montado su moto, una Knucklehead del 36, con sus propias manos, pieza a pieza, pero la única vez que la había conducido había derrapado en la grava y al caer se había clavado la estribera en el tobillo.

Ike ignoró a su tío y siguió observando al chico. Era muy típico de Ellen inventarse historias estúpidas. Nunca contaba las cosas tal y como eran —demasiado aburrido, decía—, pero la verdad era que se le daba bien contar historias. En realidad siempre se le había dado bien casi todo, salvo no meterse en problemas.

—¿Eres su único hermano? —preguntó el chico, que todavía parecía algo desconcertado.

Desvió la vista para observar cómo uno de los perros de Gordon levantaba la pata y orinaba en el neumático trasero de su coche y luego la volvió a fijar en Ike.

—Ya te he dicho que este es todo el equipo —dijo Gordon—. Si tienes algo que decir sobre Ellen Tucker, somos todo oídos.

El chico puso los brazos en jarras y contempló un momento el tramo de carretera que se alejaba del pueblo y conducía a la interestatal. Era la misma dirección en la que había mirado Ike el día que su hermana se había marchado y se volvió hacia allí él también, como si de repente Ellen Tucker fuera a materializarse entre el polvo y el sol con una maleta en la mano, caminando hacia él desde las afueras del pueblo.

—Tu hermana estaba en Huntington Beach —dijo por fin el chico, como si de golpe hubiera tomado una decisión—. El verano pasado se fue a México con un par de tipos de Huntington. Los tipos volvieron. Tu hermana no. Intenté averiguar qué había pasado. —Hizo una pausa y lo miró—. No lo conseguí. Lo que quiero decir es que esos tipos con los que se fue tu hermana son gente con la que no se juega. Y la cosa empezó a darme mal rollo.

—¿A qué te refieres con mal rollo? —preguntó Gordon.

El chico hizo otra pausa, pero no contestó la pregunta de Gordon.

—Me largué —dijo—. Me daba miedo quedarme más tiempo esperando, pero sabía que Ellen tenía familia por aquí. Me había hablado de un hermano que estaba metido en el mundo de las motos y pensé que... —Dejó la frase a medias y se encogió de hombros.

—Joder. —Gordon escupió la palabra en el polvo—. Pensaste que el macarra de su hermano haría algo al respecto. Te has equivocado de sitio, amigo. Igual deberías contarle esa historia a la poli.

El chico negó con la cabeza.

—Ni hablar.

Se bajó las gafas de sol y se dio media vuelta para meterse en el coche. Uno de los perros se irguió sobre sus cuartos traseros

y puso las patas sobre la puerta del conductor. El chico lo ahuyentó.

Ike echó a andar por el camino de grava y se acercó al coche. El calor le golpeaba intensamente los hombros y la espalda. Se plantó delante de la ventanilla bajada y se vio reflejado en los cristales oscuros de las gafas de sol del chico.

—¿Eso es todo? —preguntó—. ¿No tienes nada más que decir?

Las gafas se desviaron y el chico clavó la vista en el salpicadero. Luego abrió la guantera y sacó un papel.

—Iba a darle esto a alguien —dijo—. Son los nombres de los tipos con los que se fue. —Echó un vistazo al papel, sacudió la cabeza y se lo entregó a Ike—. Supongo que te lo puedes quedar.

Ike miró el papel. El sol le impedía leerlo bien.

—¿Y cómo voy a encontrar a esta gente?

—Hacen surf cerca del muelle por las mañanas. Pero hombre, sería una locura que fueras tú solo y empezaras a hacer preguntas. Puedes meterte en un lío. Con esos tipos no se juega, ¿me entiendes? Y hagas lo que hagas, no dejes que el viejo ese te convenza para llamar a la policía. No harán una mierda y te arrepentirás. —Se calló, y Ike percibió unas finas líneas de sudor bajo las gafas de sol—. Oye, lo siento. Igual no debería haber venido hasta aquí. Pero como tu hermana dijo que tú... —Su voz se apagó.

—Pensaste que las cosas serían diferentes.

El chico arrancó.

—Quizá es mejor que esperes. A lo mejor aparece.

—¿Tú crees?

—¿Quién sabe? Pero a no ser que puedas conseguir ayuda de verdad... —Volvió a encogerse de hombros y luego aceleró. Ike se quedó allí de pie, en medio de la nube de polvo, mirando cómo la silueta blanca del Camaro desaparecía entre las ondas de calor. Y cuando no quedó más que esa mancha de luz y polvo, el espejismo omnipresente que marcaba los límites del pueblo, dio media vuelta y regresó por el camino de grava hacia la tienda.

Todos los viejos se habían congregado en el porche y susurraban en la sombra mientras se bebían sus Budweisers. Cuando Ike pasó a su lado, Gordon lo agarró del brazo.

— Siempre supe que pasaría algo así — dijo —. Desde el día en que aprendió a andar estaba claro que esa chica terminaría mal. Joder, acuérdate de cómo se largó, haciendo autostop, con esos vaqueros ceñidos que le marcaban todo el culo. ¿Qué demonios se podía esperar? No volveremos a verla, chico. Hazte a la idea.

Gordon le soltó el brazo y Ike se apartó bruscamente. Cruzó la tienda, salió por el porche trasero y se quedó mirando el patio donde una vez su hermana y él habían grabado sus nombres en el suelo: trazaron las letras con palos y luego Ellen echó gasolina en los surcos y les prendió fuego. Las llamas se propagaron, y antes de poder apagarlas quemaron el árbol pimentero de Gordon y chamuscaron la parte trasera de la tienda. Pero su hermana había dicho que no pasaba nada, que lo único que lamentaba era que el fuego no hubiera arrasado la tienda entera y todo el jodido pueblo. Ike aún podía oírla decir aquello como si fuera ayer, y cuando cerraba los ojos todavía sentía el calor de las llamas en la cara. Bajó los escalones hasta la tierra manchada de grasa y empezó a recoger sus herramientas.